

LA CRISIS COMO LUGAR TEOLÓGICO

Ensayos 2

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHEF

M^a Idoya Zorroza Huarte. Universidad de Navarra. España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR

ACADEMIC ADVISORY BOARD

Rafael Alé. Universidad Francisco de Vitoria. Madrid, España.

Riccardo Campa. Istituto italo-latinoamericano. Roma, Italia.

Genara Castillo Córdova. Universidad de Piura. Piura, Perú.

M^a Socorro Fernández García. Universidad de Burgos. España.

Francisco Javier Grande Quejigo. Universidad de Extremadura. España.

Antonio Heredia Soriano. Universidad de Salamanca. España.

Francisco León Florido. Universidad Complutense de Madrid. España.

Raúl Madrid Ramírez. Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile.

Alice Ramos. St. John's University. New York, USA.

Galina Vladimírovna Vdovina. Academia Rusa de Ciencias. Moscú, Rusia.

MANUEL LÁZARO

**LA CRISIS COMO
LUGAR TEOLÓGICO**



1ª edición, 2014

© Manuel Lázaro

© 2014, editorial Sínderesis
Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España
Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-16262-01-4
Depósito legal: M-32152-2014
Produce: Óscar Alba Ramos
Printed by Publídisa
Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

Presentación	9
I. La crisis como realidad	13
1. Crisis	15
2. La Gran Recesión	19
3. Más allá de la crisis económica: hacia una Teología de la crisis	22
II. La crisis como oportunidad: Teología de la crisis	35
1. Nietzsche, el testigo de la Crisis	41
2. La cultura de la Teología de la Cruz y el pesimismo cultural	46
2.1. La mística de la pasión y la espiritualidad del Viernes Santo	46
2.2. La Teología de la Cruz	50
3. Relatos de una Teología de la crisis	62
3.1. Abrahán: paradigma de la fe	65
3.2. Francisco de Asís: la perfecta alegría	75
III. A modo de conclusión	87
Notas	93

PRESENTACIÓN

Poco a poco, en los últimos años, “crisis” es una de las palabras que más circula en los distintos foros: económico, político, social, educativo... Para nosotros es una realidad con la que convivimos, recién salidos de una época de optimismo (especialmente económico) y progreso. Dicha experiencia puede llevarnos a dos convicciones: la primera, que la crisis de un modelo de convivencia como el europeo arrastra una problemática aún mayor, es lo que se refiere cuando se afirma que detrás de esta crisis económica, política, financiera... tenemos una crisis de valores, o incluso como diría Manuel Bustos (*La paradoja postmoderna*, Encuentro, Madrid, 2009, 7), un tiempo

de cambios trascendentales que han afectado a todos los sectores de la existencia. La segunda, que todo el modelo en el que hemos confiado para construir y definir una vida “lograda” (individual y comunitaria) es erróneo o, al menos, no está ajustado con la realidad antropológica. Y si levantamos la mirada de nuestro hoy y hacemos recuento de nuestro pasado más inmediato, nos encontramos hace apenas un siglo con un importante movimiento intelectual que se encontraba, paradójicamente, en la misma situación. Nos lo reflejan las obras de Husserl (*La crisis de las ciencias europeas*), Zubiri (*La crisis de la conciencia moderna, Nuestra situación intelectual*), entre otros.

Más allá de esta consideración epocal de la crisis, este libro que nos ofrece Manuel Lázaro (filósofo, teólogo y sobre todo colega y amigo) viene a desentrañar un nivel más profundo de la crisis, especialmente para realizar sobre ella una mirada de mayor alcance. Sin negar la evidencia: nuestra realidad en crisis y especialmente una crisis que adviene desde categorías modernas advertidas por los filósofos –así denominados– de la postmodernidad, Manuel Lázaro se aventura a identificar “la realidad de la crisis” para advertir cuál es la posición teológica con la que cabe afrontarla. De este modo, su propuesta no sólo realiza una mirada trascendente sobre ella: si bien es verdad que cuando –como pasó también en Roma– el mundo

que había proporcionado seguridad y orgullo se quiebra, uno advierte más allá de esas verdades fugaces y temporales, las verdades que merecen la pena y que sacian los anhelos más profundos del corazón humano. También problematiza la crisis como una realidad específica y propia de la persona, que se encuentra permanentemente entre dos mundos (entre dos ciudades, diría San Agustín) y que debe resolver la gran pregunta existencial de definir su lugar y proyectar desde él quién va a ser.

Siguiendo la estela de grandes maestros, como San Francisco de Asís, la *crisis* más allá de una realidad coyuntural revela su constante acompañamiento al existir humano como tal, y proyecta el sentido trascendente, cristiano, de la cruz. Sólo desde la comprensión ofrecida por la iluminación de la existencia humana (ejemplificada en las sucesivas pruebas de fe de Abraham), la cual examina su proyecto vital desde la cruz y el Viernes Santo, puede advertirse la realidad de su *fragilidad* y desde ella la grandeza de “la redención universal operada por la humanidad de Dios que rescata desde su sufrimiento en la Cruz, el sufrimiento de la humanidad caída por el pecado original y marcada por el signo de la debilidad física (enfermedad), humana (pobreza) y social (opresión)” (dirá Lázaro).

Una invitación, la suya, valiente y confiada al mismo tiempo, para hacer de la crisis no sólo una situación coyuntural o circunstancial que nos afecte y que aprovechemos para cambiar modelos de comportamiento tal vez periclitados, sino especialmente una vía de descubrimiento personal que nos haga más evidente nuestra propia realidad caída pero en camino, y encontremos el origen de la verdadera alegría que nos compete como realidades llamadas a una vida plena y trascendente e itinerantes.

M^a Idoya Zorroza

I. LA CRISIS COMO REALIDAD

1. CRISIS

Si tenemos que definir los últimos años de la primera década del siglo XXI a través de una palabra, un vocablo, un concepto, un estado de ánimo... “crisis” es, sin duda, la primera del ranking. Ella se ha constituido en un *topos* generacional global, porque todo en nuestro tiempo es globalizado y porque es global lo que afecta a quien pincha el globo, aunque quizás ya no insufla su aire: Occidente. El problema que surge es que el *topos*¹ con frecuencia desborda la retórica de la que nace como recurso para terminar siendo un *lugar común* del que es necesario prevenirse al menos analíticamente, toda vez que los *topoi* suelen constituirse en *memes*² literarios de transmisión cultural, en este caso no solo intergeneracional sino generacional. Por lo tanto, en un momento hiperinflacionista de utilización indiscriminada del concepto “crisis” es ne-

cesario delimitarlo –pues conceptualizar implica delimitar, como ya proclamaba el Sócrates platónico– en el concepto que es, para no abandonarlo a la vanalidad.

“Crisis” en el diccionario de la Lengua Española significa tanto “Escasez, carestía”, “Situación dificultosa o complicada” (significados 6 y 7 del DRAE) como “Mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales” (significado 2 del DRAE). De hecho, y muy probablemente, la primera depende de la segunda. Y por analogía de la primera acepción “crisis” significa: “Cambio brusco en el curso de una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el paciente” (acepción 1 del DRAE). Crisis tiene, pues, un carácter polisémico³, se aplica a diversas circunstancias que pueden ser analizadas desde diversas perspectivas humanistas, sociales o biomédicas.

La *teoría de la crisis* estudia este concepto dentro del fenómeno más general del conflicto como resultado de “un fenómeno de relación y comunicación social entre dos partes antagónicas”⁴. En la dinámica conflictual, la crisis se situaría en un terreno intermedio entre la paz asentada y la guerra que pretende un nuevo orden. En este sentido, la crisis siempre supone un estado mental que representa la crítica. Esta circunstancia supone varias cosas, una de

ellas es que si la crisis va pareja al conflicto, en una sociedad más conflictiva la crisis aparece también más y, a la inversa, si aparece repetidamente o se perpetúa una situación crítica (de crisis), ello nos puede llevar a concluir, en cuanto que en parte es un síntoma, que vivimos en una época de mayor conflicto –bien porque existe mayor presencia de conflictos, bien porque la presencia en una sociedad de conflicto llega a muchos terrenos de la actividad y del desarrollo humano (crisis de valores, religiosa, moral, de la ciencia, política, social, económica...), bien porque el conflicto se perpetúa, o todo a su vez–. Uno de los problemas que supone psicológicamente –tanto a nivel personal como social– esta situación de crisis, entendida desde la teoría del conflicto, es que en cuanto que es un gozne entre la paz y la guerra, parece que la crisis nos indica y señala esta última de forma necesaria. En teoría política y análisis de conflictos internacionales se aprecia una correlación de crisis institucionales y económicas⁵. El análisis de la crisis así considerada recuerda, como señala Freund, a la estructura del cambio en la teoría marxista⁶ en cuanto lugar decisivo o imprescindible del conflicto y del cambio, entendido este, por su parte, como axioma del cambio histórico.

El análisis marxista de las crisis cíclicas del sistema capitalista es retomado por la Escuela de Frank-

furt en una dialéctica entre el carácter intersubjetivo y objetivo de los organismos institucionales, llevando los campos psicológicos y sociológicos al *mundo de la vida* en lo microsocioal y a las grandes estructuras sociopolíticas. Habermas lo sustantiva en la diferenciación entre la integración social –que estructura los símbolos comunicativos en el proceso de la socialización de los sujetos que hablan y actúan en los sistemas sociales– y la integración sistémica emparentada a la Teoría de Sistemas –que en los sistemas sociales se refleja en la conservación de los límites y la reducción de la complejidad autorreguladora⁷. De esta forma, las sociedades tienden así a crisis sistémicas que pasan de la complejidad económica al mundo de la vida (crisis económica, crisis política y crisis sociocultural). En este sentido, aunque Habermas parte de un principio de racionalidad dominado por el sistema material económico –lo cual es discutible–, sin embargo, termina afirmando –y el tiempo le da en parte razón, al menos en la descripción final– que la irracionalidad que se hace presente y global en la crisis de la esfera social, puede ser el destino de las sociedades del capitalismo tardío⁸. Más allá de una consideración del imperativo material del cambio histórico desde una perspectiva de la filosofía de la historia, la teoría de la crisis considerada desde el pensamiento del conflicto es un elemento más a considerar entre múltiples factores. Entre ellos el que se

identifica en primer lugar, pues afecta a la socialización desde la estrategia cultural a la subsistencia y a la acción humana en su realización más primaria que es la de sobrevivir: el factor económico de la crisis.

2. LA GRAN RECESIÓN

En Occidente se dice y con razón que vivimos en un momento de crisis, los datos lo acreditan, y el grado de realización práctica de las expectativas creadas así lo confirman. Los que pensamos sobre estos temas tan importantes, como en cierta forma banales al aparecer epistemológica y existencialmente en segundo lugar, somos los occidentales. La palabra “crisis” en el contexto actual ha reflejado y refleja una situación económica compleja de lo que se conoce como la *Gran Recesión*, una crisis financiera especialmente vivida en los países desarrollados⁹. Lo “duro” de esta crisis económica ha sido que ha puesto en evidencia la dificultad de escapar a las crisis económicas, incluso desde los postulados del paraíso del liberalismo económico, pensado hasta ese momento como una teleología inapelable¹⁰. La crisis actual no implica, a pesar de lo que muchos opinen (muchas veces mirado a nivel micro y desde el corto plazo temporal y existencial¹¹), una quiebra total del modelo, sino más bien una transformación estructural ante un mundo que cambia motivado por el propio

modelo original y las fricciones que suponen en un mundo globalizado. Si el modelo social está cambiando, se debe a algo más profundo y de raíces históricas y culturales que superan, aunque están relacionadas, con los modelos económicos. Y aunque las mentes económicas, como el premio Nobel de economía Paul Krugman, intenten dar con una fórmula pedagógica para salir de este círculo de (eterno) retorno de la crisis, afirmando que ellas tienen su etiología en la incapacidad de extraer verdaderas lecciones, y dejar que los hechos pongan en cuestión las doctrinas liberales erróneas, su propio diagnóstico esconde un acontecimiento antropológico capital que afecta no solo al *homo oeconomicus* sino a la misma condición humana¹². No obstante –y avanzamos con ello el fundamento de fondo–, la crisis forma parte del hombre que es bueno en cuanto creación de Dios –“Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien” (Gn 1,31)– y desde ahí establece Dios su relación con él –“He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia” (Gn 9,9)–.

Esta crisis ha fijado su atención, normalmente ideologizada, en torno a los poderes económicos¹³, al gasto (déficit) público¹⁴, a las diferencias sociales¹⁵... a conceptos que ahora todos manejamos como si fuéramos economistas de profesión (una vulgarización muy extendida en las ciencias especialmente las

sociales y las humanidades, un signo más de crisis¹⁶). La verdad es que la situación de vulnerabilidad económica en nuestras sociedades del bienestar ha venido a ser la manifestación palpable de que lo que *está haciéndose* no cuadra con lo que *está siendo*. Y esto afecta a muchas facetas¹⁷. Algunos autores piensan que la crisis que se visualiza de forma económica afecta a órdenes y formas políticas consolidadas, como a la propia democracia, a instituciones o incluso transnacionales. Deterioran estas formas como deterioran la axiología que la sustenta, pues no parece que sea capaz, sino todo lo contrario, de frenar la sangría crediticia desde el golpe impactante que genera la evidencia mediática que señala como objetivo el lucro de los Bancos, o la existencia universal de los paraísos fiscales; la extensión como si fuera una plaga bíblica de los egoísmos centrados en las tomas de decisión del poder político y económico, como se hace patente en la corrupción y, en fin, en la patente desigualdad social y humana¹⁸. Pero siendo así, no está tan claro si estos factores son el resultado de una degradación que tiene como etiología la crisis, o, al contrario, la crisis es el resultado en todas estas instancias de un modelo, especialmente mental más que un modelo de estructura, que ya no acaba de servir. Como señala el historiador de la economía Carlos Marichal:

“El hecho de que las grandes crisis suelen convertirse en bisagras entre una época y otra,

sugiere que para entenderlas en toda su amplitud y en sus múltiples consecuencias es necesario ir más allá de un enfoque estrictamente económico. Estos eventos son tan complejos que su comprensión exige una atención especial a sus causas económicas pero *también* requiere mirarlos a través de los lentes de la política, de las relaciones internacionales y de la historia”¹⁹.

3. MÁS ALLÁ DE LA CRISIS ECONÓMICA: HACIA UNA TEOLOGÍA DE LA CRISIS

La actual crisis se ha reflejado, pues, como una crisis más general que afecta a las estructuras sociales, políticas... Incluso se ha reflexionado sobre el fundamento moral de la crisis: no solo al nivel de las consecuencias morales (o socio-morales) de la crisis económica²⁰, sino en el sentido de una crisis ética que se ha objetivado una “crisis de valores”. Es necesario hacer esa diferencia porque, como ha señalado agudamente el economista Timothy Taylor, redactor jefe de *Journal of Economic Perspectives*, “un economista no recomendaría la consulta de un manual de economía como fuente práctica de sabiduría moral trascendente... Pero, seamos justos, los filósofos morales no tienen todas las respuestas a todos los problemas espirituales y éticos”²¹. Resulta tremendamente difícil negar este déficit de valores, de elección axiológica, que sobrepasa la misma esfera económica, pero es necesario no huir de la realidad a la hora de hacer los análisis. Las ideologías teóricamente más

sensibles al reflejo humano de la estructura económica, bien porque en esta estructura material descansa el fundamento último de su devenir temporal o porque en esta suerte de reivindicaciones encuentra ya su único mecanismo de defensa en la sociedad del siglo XXI –las ideologías derivadas del marxismo–; bien porque el rostro humano está en el centro de su actividad –las religiones, especialmente el cristianismo–; bien en la conjunción de ambas –un cristianismo que ha encontrado en la materia el motor histórico de la encarnación, como en otros tiempos el platonismo lo fue del quehacer espiritual o Aristóteles de la racionalidad de la fe–, han reivindicado la base de la pérdida axiológica como fundamento de la desestructuración económica, si bien de formas diversas. En este sentido hay que entender las palabras de la Conferencia Episcopal Española en su *Declaración ante la crisis moral y económica*:

“Somos conscientes de la gravedad de la situación en la que nos encontramos, por causas que tienen su origen en la pérdida de valores morales, la falta de honradez, la codicia, que es raíz de todos los males, y la carencia de control de las estructuras financieras, potenciada por la economía globalizada. Todo ello ha provocado la situación actual, cuyas repercusiones llegan a diversos ámbitos de la vida social y afectan gravemente a los más débiles, con especial incidencia en los países en vías de desarrollo (n. 2)”²².